

CUMPLIR 62

Nada era como decían las buenas o las malas lenguas,
nunca nadie había vivido la vida que me vivía.
He sido derrotada por cuenta propia y nunca lo he sabido,
he vivido en siglos brillantes y habitado la desdicha del olvido,
he sido esclava de ideas ajenas que no eran ideas,
he habitado pensamientos de otros que eran pensamientos,
he dudado como método y he dudado como defensa,
he transformado la duda en deuda y he seguido caminando.
Brindo por lo que todavía no existe y por lo que no dejará de existir,
por las manos quietas y por la lujuria que mueve y conmueve,
por ese hombre que camina sin pensar en los finales,
por esa mujer que goza sin pensar en los comienzos;
por la rueda que rueda y hace del tiempo una llave
y de la llave una canción inolvidable.
62 años no son pocos y tampoco muchos,
más allá de la riqueza, su intensidad y despliegue,
su huella indeleble, su máscara, su luz y su sombra,
no cesarán de romper lo mensurable hasta su después.
Conozco la tristeza y la alegría, sus vericuetos y sus cadenas,
quiero una página donde dejar constancia de su sabor
único e irrepetible, sin ilustres lamentaciones,
sin la serenidad intemporal de un dolor ancestral,
sin la ira petrificada por el calor de la melancolía,
sólo una palabra desrealizando su sentido,
contorno indescriptible de los infinitamente vivos.

Amelia Díez Cuesta